

EL VALOR POSITIVO DEL TRADICIONALISMO ESPAÑOL

POR

Melchor Ferrer

Don Melchor Ferrer es un bravo español que ha luchado los cuatro años de la guerra en los campos de Francia. Al dejar el fusil, Don Jaime de Borbón le ha encomendado el timón directorial de *El Correo Español*. Parece ser que los otros tripulantes se resisten a esta designación. El jaimismo, intrínsecamente, no suscita en nosotros frenético interés; pero como parte de la vida española, deseamos que se modernice, si ello es posible. El Sr. Ferrer, influido por los nacionalistas de *La Acción Francesa*, quiere infundir en el jaimismo una inyección de tradición y modernidad, como sus maestros los realistas franceses. He aquí a continuación sus puntos de vista.

El error fundamental del tradicionalismo español ha sido el de considerar que los valores constantes de la tradición española eran invariables, por creer que el alma nacional tenía fijadas ya sus características sin que las ideas dinámicas externas pudieran influir en lo más mínimo en su constitución interna. Si hoy los tradicionalistas, considerando el valor político del tradicionalismo español, lamentan estridencias de carácter integrista que se han producido durante estos últimos tiempos, los elementos de pensamiento robusto que, no por ideas sentimentales y atávicas, sino por razonamientos fundamentados en el realismo político, acogen con satisfacción todo cuanto sirve para despojar al partido político a que pertenecen de toda influencia extraña basada en la ponderación de fuerzas de la política al uso.

Se había formado, no solamente en el seno del partido tradicionalista, sino también en el juicio de las demás fuerzas políticas españolas, un sentimiento de que el tradicionalismo o jaimismo había quedado encerrado en los estrechos límites de un romanticismo político, casi un diletantismo creado por la sola admiración de un pasado glorioso y de amor a una estética incomprensible para todos los elementos sanos. Pero el tradicionalismo español era algo más vital que un sentimiento estático de un profesor romántico, admirador de arcaicas instituciones y que con absoluta incomprensión de la realidad, tendía a conservar en la actualidad ideas que se hallaban en predicamento cuando salía de la escuela, pero que no respondían a un presente de progreso, de evolución constante que hoy se nota en todas las corrientes del tradicionalismo latino. Debía, pues, el tradicionalismo español, para poder responder al estado actual de la inteligencia contemporánea, despojarse de todo cuanto elemento negaba, o cuando menos desnaturalizaba, su propia esencia, y considerando que la tradición española no es el añoramiento de un estado anterior, sino que es la afirmación constante de una realidad del presente; considerando que el tradicionalismo español no era la aceptación global de la tradición española tal como estaba en los siglos XIV y XV, sino tal como sería hoy día si la evolución tradicional del alma española no se

hubiera interrumpido, de establecer un divorcio completo entre el espíritu de la tradición española y de los que con frases majestuosas encubrían, desnaturalizaban y bastardeaban la propia tradición por imposibilidad de adaptarse a un pasado en el que pretendían creer, y a un presente al que pretendían servir.

La constitución interna de la tradición española, constantemente conculcada por un clasicismo falso y por un romanticismo absurdo, debe hoy ser reintegrada a sus propios límites, y para ello debemos nosotros, los tradicionalistas españoles, conservar lo eterno y adoptar lo accidental para que esta fuerza política, espiritual e intelectual, pueda responder a los fines de hacer resurgir una España que sea como la que soñamos y que dentro del mundo latino pueda ser guía de inteligencias y norma de conductas.

Para ello bastará que, abundando en sí mismo, el tradicionalismo español no sea más que una afirmación de nacionalidad española, buscando en la realidad práctica la afirmación constante de su esencia, de su grandeza y de su expansión. Y como el deber primero de todo nacionalismo es la afirmación de una España eterna que, a través de los tiempos, se desenvuelva, influya, siga y domine, correspondiendo a la evolución del alma nacional, deben los tradicionalistas españoles, en toda ocasión, juzgar todos los actos presentes en relación con el pasado, rechazando cuanto sea sentimiento de simpatía o antipatía, de admiración o desconfianza, de intereses y pasiones, para que sólo reluzca el bien nacional, que no es más que la suma de las familias y agrupaciones que existen, que existieron y que existirán en el suelo español.

Siendo el Estado algo artificial, forma extrema de defensa y conservación, es necesario que quede vinculado al desarrollo de una familia tipo, que sea norma de la actuación y que rijan los intereses del Estado como si fueran patrimonio propio.

Pero así como en las teorías liberales, al defenderse la libertad, tiene que afirmarse constantemente que no hay libertad contra la libertad, y siendo el Estado defensa de libertades, amparo de intereses, sostén de todos los vínculos sociales y políticos de los nacionales, el triunfo del Estado aparece claramente como el triunfo del alma nacional, y debe ser guía, piedra de toque el interés del Estado.

La razón de Estado es, pues, en una sociedad orgánica, y no en un mundo caótico como en el que vivimos, la suprema razón todas cuantas veces se juzgue el porvenir y el presente político del pueblo español.

Afirmar hoy en España, arrastrada aún por sentimientos de un romanticismo democrático que se ha apoderado de todas las inteligencias para ponerla bajo el yugo de una sensiblería infantil, que la suprema razón política de una

Sociedad organizada sea la razón de Estado, extraña y sorprende; pero si las inteligencias españolas son libres, si el amor a la independencia espiritual es puro, el miedo burgués a las conclusiones lógicas de la idea nacional tiene que ser vencido por la fuerza de la razón y por el interés de la patria.

Sería abusar de la hidalguía de la Revista ESPAÑA el sacar deducciones de esta misma necesidad de la razón de Estado, pero no se ocultará a la perspicacia de los pensadores políticos que, siendo la razón de Estado igual a la razón de existencia nacional, todo cuanto sea robustecer la entidad Estado, será garantía de libertades y podríamos, pues, decir que a máxima autoridad del Estado corresponde máxima libertad de los factores sociales.

El concepto del Estado, garantía de clasificación y organización, se ha perdido no solamente entre los que rechazan el fatalismo histórico de un pueblo, sino entre los mismos tradicionalistas que, sujetos al sentimiento, prisioneros de intereses particulares y personales, imbuídos de un romanticismo democrático miran más las formas externas de las instituciones que su propia esencia y que han llevado su actuación política a la órbita de un doctrinalismo inconsistente, reñido con todas las necesidades sociales del pueblo español.

La creación en España de un movimiento reflexivo, nacionalista y tradicionalista, es primera necesidad para que podamos entrar en el concierto de los pueblos latinos como pueblo consciente de sí mismo y de su esencia, pero para ello se necesita una depuración hecha a la luz del interés, para todos sagrado, de que España viva.

Y adoptando lo que es constante a lo que es circunstancial, las fuerzas vitales de un pueblo que no quiere morir serán las que determinen el que en España exista una tradición.

CRÓNICA INTERNACIONAL

EL DESARME DE ALEMANIA

El tratado de paz limitará a 100 000 hombres el ejército alemán. Este estará formado por voluntarios, que servirán doce años. No tendrá más de 4.500 oficiales. La fabricación de material de guerra estará bajo el control de los aliados. Alemania no podrá poseer carros de asalto ni artillería gruesa.

El sistema de reclutamiento voluntario, propuesto por Lloyd George, ha sido mal recibido por las izquierdas. Estas prefieren sustituir los ejércitos nacionales, por el régimen de milicias, como en Suiza. Consideran la vuelta al ejército profesional como un peligro para la emancipación del proletariado. Un ejército de oficio, sin la movilidad de opiniones y de sensibilidad que supone el paso por las filas de todos los ciudadanos, no es más que una gendarmería siempre dispuesta a la represión implacable.

Pero otra solución es imposible con respecto a Alemania. Se trata de que los ciudadanos no pasen por los cuarteles, que no reciban instrucción militar, que no constituyan posibles reservas que harían ficticia la limitación del contingente.

Algunos críticos ingleses han aducido qu